

Proyecto de Investigación (Ref. HUM2006-4909)

«Naturaleza humana y Comunidad. Una investigación, a partir de Kant, sobre los principios antropológicos del cosmopolitismo»

§1 de la *Antropología en sentido pragmático*

“De la conciencia de sí mismo.”

§ 1. El hecho de que el hombre puede tener el “yo” en su representación lo eleva infinitamente sobre el resto de los seres que viven en la Tierra. Por este hecho es una *persona* y, en virtud de la unidad de la conciencia aun en todos los cambios que puedan sobrevenirle, una y la misma persona, es decir, un ser completamente diferente de las *cosas* por su rango y dignidad, incluyendo entre las cosas a los animales irracionales, con los que uno puede hacer y deshacer a su antojo. Y es así incluso cuando todavía no puede decir “yo”, pues lo tiene, no obstante, en el pensamiento, como sin duda tienen que pensarlo todas las lenguas cuando hablan en primera persona, aunque ciertamente no expresen esta “yoidad” con una palabra especial. Pues esta facultad (a saber, la de pensar) es el *Entendimiento*.

Resulta extraño, empero, y es digno de notarse, que el niño que ya sabe hablar bastante bien no comience, sin embargo, a hablar empleando el *yo* hasta bastante tarde (quizá un buen año después), habiendo hablado de sí hasta entonces en tercera persona (Karl quiere comer, andar, etc.), y que, cuando comienza a hablar diciendo “yo”, parezca como si se le hubiera encendido una luz. A partir de este día no vuelve nunca más a aquel [primer] modo de hablar. – Antes meramente se *sentía* a sí mismo, ahora se *piensa* a sí mismo. – Al antropólogo podría resultarle bastante difícil explicar este fenómeno.

Se ha observado que un niño no exterioriza hasta el cuarto mes ni llanto ni sonrisa, lo que parece descansar igualmente en el desarrollo de determinadas representaciones de la ofensa y la injusticia [* H (Cassirer): del beneficio], que apuntan por entero a la Razón. – El hecho de que en este período empiece a seguir con los ojos los objetos brillantes que se le ponen delante es el tosco comienzo del progreso a partir de *percepciones* (*aprehensión de la representación de sensaciones*) para ampliarlas hasta [hacer de ellas] *conocimiento* de los objetos de los sentidos, es decir, *experiencia*.

El que además, en el momento en que intenta hablar, el chapurreo de las palabras lo haga tan amoroso y adorable [*liebenswertig*] para madres y niñeras, que se ven inclinadas a estrecharlo contra su pecho y besarlo constantemente, y también a maleducarlo como un pequeño déspota, cumpliendo todos sus deseos y haciendo su voluntad: este carácter amoroso y adorable de la criatura, en el período de su desarrollo hacia la humanidad, tiene que cargarse en la cuenta, por un lado, de su inocencia y de la franqueza de todas sus manifestaciones aún defectuosas, en las cuales todavía no hay disimulo alguno ni pizca de malicia, pero tiene que cargarse en la cuenta, por otro lado, de la propensión natural de las niñeras a procurar el bien de una criatura que, zalamera, se entrega completamente al arbitrio ajeno, pues se le concede un

tiempo de juego, el más feliz de todos, en que el educador, por decirlo así haciéndose él mismo un niño, disfruta otra vez de esta delicia.

Pero el *recuerdo* de los años de la infancia no llega ni con mucho hasta aquel tiempo, pues no era el tiempo de las experiencias, sino meramente el de las percepciones dispersas, todavía no reunidas bajo el concepto de “objeto”.